

En las pocas horas que nos detuvimos en la mision de Santa Bárbara obtuvimos nociones bastante exactas acerca del rio Ventuari que, despues del Guaviare, me ha parecido el mas considerable de todos los desaguaderos del alto Orinoco. Estas orillas, ocupadas antiguamente por los Maipures, estan pobladas, aun el dia, por un gran número de naciones independientes. Subiendo por la boca del Ventuari, que forma un *delta* cubierto de palmas, se encuentra á tres jornadas de camino, al este, el Camaruita y el Parú, dos desaguaderos que nacen al pié de las altas montañas de Cuneva. Mas arriba al oeste, se encuentran el Mariata y el Manipiario, habitados por los Indios macos, y curacicanas, y esta última nacion es notable por el zelo con que se dedica al cultivo del algodón. El rio Manipiario, uno de los brazos del Ventuari, se acerca hácia su nacimiento á estas altas montañas cuyo reverso septentrional da origen al Cuchivero y forma una prolongacion de la Cordillera de Baraguan, en donde el padre Gili coloca la *Manura del Siamacu* alabando su clima templado. El curso superior del rio

Ventuari mas allá del confluente del Asisi y los *grandes raudales* es casi desconocido. La proximidad entre los desaguaderos del Caroni, Caura y Ventuari, ha dado lugar, hace siglos, á la aparicion de los Caribes sobre las orillas del Orinoco, y algunas bandas de este pueblo guerrero y comerciante subian del rio Caroni por el Paragua al nacimiento del Paruspa. Un transporte ó arrastradero los conducia al Charvarro, desaguadero oriental del rio Caura; descendian luego con sus piraguas á este desaguadero, y despues al mismo Caura, hasta la embocadura del Everato. Remontando este hasta el sudoeste, y atravesando durante tres dias unas vastas praderas, entraban por el Manipiario en el gran rio Ventuari.

Por el Caroni, Caura, Pádamo y Ventuari, que son los cuatro desaguaderos mayores que á su derecha recibe el magestuoso rio del Orinoco, penetró la civilizacion europea en este pais de bosques y montañas que tiene una superficie de 10,600 leguas cuadradas, y que está rodeado por dicho rio, al norte, oeste y sud. Los capuchinos de Cataluña y observantes de Andalu-

cía y Valencia han hecho ya establecimientos en los valles del Caroni y Caura; era natural que los desaguaderos del Orinoco, como mas próximos á la costa y region cultivada de Venezuela, fuesen los primeros á recibir misioneros y con ellos los principios de la vida social. En 1797, los establecimientos de los capuchinos en el rio Caroni encerraban ya 16,600 Indios que habitaban pacíficamente en los pueblos; pero en el rio Caura no habia en aquella época, bajo el régimen de los observantes, segun los partes oficiales, sino 640. Esta diferencia procede de la vasta extension y de la excelencia de los pastos en las orillas del Caroni, Upatu y Cuyuni, de la proximidad de las bocas del Orinoco y la capital de la Guyana á las misiones de los capuchinos, y en fin del régimen interior de actividad industrial y espíritu mercantil de los frailes catalanes. Al Caroni y Caura, que corren hácia el norte, corresponden dos grandes desaguaderos del alto Orinoco que envian sus aguas hácia el sud, y son el Pádamo y el Ventuari, sobre cuyas orillas no se ha edificado ni un solo pueblo hasta ahora, sin embargo

de que uno y otro ofrecen á la agricultura y economía pastoril unas ventajas que se buscarian en vano en el valle del gran rio de que son tributarios. En el centro de estos paises salvages, en que en mucho tiempo todavía no habrá otros caminos sino los rios, todos los proyectos de civilizacion deben estar fundados sobre el conocimiento íntimo del *sistema hidráulico* y la importancia relativa de los desaguaderos.

El 26 de mayo por la mañana dejámos el pueblecito de Santa Bárbara, en donde encontramos muchos Indios de la Esmeralda que el misionero habia hecho venir bien á pesar suyo, para construirle una casa de dos pisos. Disfrutámos todo el dia la vista de las bellas montañas de Sipapo que se presentaban á distancia de mas de 18 leguas hácia el norte nordeste. La vegetacion de las orillas del Orinoco es singularmente variada en este pais, y los helechos bajan de las montañas para mezclarse con las palmas de la llanura. Pasámos al sereno la noche en la isla de Minisi, y despues de haber pasado las embocaduras de los pequeños rios Quejanuma y Masao, llegámos el 27 de

mayo á San Fernando de Atabapo. Hacia un mes que nos habíamos alojado en la misma casa del gran presidente de las misiones cuando íbamos al Rio Negro. Entonces nos dirigimos hacia el sud por el Atabapo y el Temi, y ahora volviamos del lado de oeste, habiendo hecho un largo rodeo por el Casiquiare y el alto Orinoco. Mientras esta larga ausencia, concibió el presidente de las misiones grandes inquietudes sobre el verdadero objeto de nuestro viage, sobre mis relaciones con el alto clero de España y sobre el conocimiento que habia adquirido del estado de las misiones. En el momento de nuestra marcha para Angostura, capital de la Guyana me instó con el mayor empeño á que le dejase un escrito en el que diese testimonio del buen orden que reinaba en los establecimientos cristianos del Orinoco y la dulzura con que los indigenas eran tratados. Semejante paso de parte del superior, motivado por un zelo laudabilísimo para el bien de su orden, no dejó de embarazarme, y le respondí que el testimonio de un viagero nacido en el seno de la iglesia calvinista no podria tener influjo algu-

no, en las interminables quejas que dividen casi por todas partes en el nuevo mundo los dos poderes, secular y eclesiástico. Le hice ver que hallándome á doscientas leguas de las costas, en el centro de las misiones, y como dicen con mala intencion los habitantes de Cumaná, *en poder de los frailes*, el escrito que nosotros compondríamos en las orillas del Atabapo no pareceria un acto libremente consentido por mi parte. El presidente no se asustó de haber dado la hospitalidad á un calvinista, y creo haber sido el primero que haya visitado las misiones de San Francisco, bien que los misioneros en América no pueden ser acusados de intolerancia. Dejó de insistir el presidente en el escrito que yo debia firmar, y nos aprovechamos de los pocos momentos que nos quedaban para hablar con franqueza del estado del pais, y de la esperanza de hacer participar á los Indios de los beneficios de la civilizacion.

Solo un dia estuvimos en San Fernando de Atabapo, á pesar de que este pueblecito, embellecido por la palma pihiguo, nos pareció una morada deliciosa. Diversos *pauavis* domésticos

rodeaban las cabañas de los Indios, y en una de ellas vimos un mono extremadamente raro que habita las orillas del Guaviare. Es el *caparro* que he hecho conocer en mis *Observaciones de zoología y anatomía* comparada, y que M. Geofroy cree formar un nuevo género (*lagothrix*) entre los ateles y louaetes. El pelo de este mono es del color gris de marta y de una suavidad extremada al tocarle. El *caparro* se distingue además por su cabeza redonda y una expresión de fisonomía dulce y agradable.

Salimos el 27 de mayo de San Fernando, y llegamos, á favor de la rápida corriente del Orinoco, en menos de siete horas á la embocadura del rio Mataveni: pasamos la noche al raso mas arriba de la roca granítica *El Castillito*, que se eleva en medio del rio y que recuerda por su forma el *Mausethurne* del Rhin al frente de Bingen. Aquí, como en las orillas del Atabapo, llamó nuestra atención la vista de una especie de drosera que tiene toda la traza del de Europa. El Orinoco creció conocidamente por la noche, y la corriente demasiado acelerada nos llevó en diez horas desde la embocadura del Mataveni

á la gran catarata superior de Maipures ó Quituna; la distancia reconocida fué de 13 leguas.

El paso de la piragua por la grande catarata nos detuvo dos dias en Maipures, y el padre Bernardo Zea, misionero de los Raudales, que nos habia acompañado al Rio Negro, quiso, aunque enfermo, conducirnos aun con sus Indios hasta Atures.

El 31 de mayo pasamos los raudales de los Guahivos y de Garcita. Las islas que se elevan en medio de las aguas del rio, presentaban la mas agradable verdura, y las lluvias del invierno habian descubierto los espantos de la palma *vadgiai* cuyas hojas suben derechas hácia el cielo. No se cansa la vista sobre estos puntos en que los árboles y las rocas dan al paisaje aquel grande y severo carácter que se admira en los fondos de los cuadros del Titien y Poussin. Desembarcamos, poco antes de ponerse el sol, en la orilla oriental del Orinoco, en el Puerto de la Expedicion para visitar la caverna de Atarupe, de la que he hablado mas arriba y que parece ser el lugar del sepulcro de toda una nacion destruida. Trataré de hacer la

descripcion de esta caverna célebre entre los indígenas.

Se sube con pena y aun con peligro una roca de granito escarpada y enteramente desnuda. Apenas habíamos llegado á la cima de la montaña, cuando nos asombrámos del aspecto extraordinario que presenta el pais al rededor. La madre espumosa de las aguas está llena de un archipiélago de islas cubiertas de palmas: hácia el oeste, á la orilla izquierda del Orinoco, se extienden los prados del Meta y Casanare, y era como un mar verde, cuyo horizonte nebuloso se aclaraba con los rayos del sol que iba á ponerse.

La parte mas lejana del valle está cubierta de un espeso bosque; y en este punto sombrío y solitario se abre la caverna de Atarupe sobre el declive de una montaña escarpada, que puede llamarse con mas propiedad una roca voleada, en la que las aguas han hecho una grande concavidad, cuando en las antiguas revoluciones de nuestro planeta llegaban á su altura. En este sepulcro de toda una poblacion consumida contamos en poco tiempo 600 esqueletos bien conservados, y tan regularmente colocados que hu-

biera sido difícil engañarnos sobre su número. Cada esqueleto reposa en una especie de batea hecha de pedículos de coco. Estas bateas que los indígenas llaman *mapiros* tienen la forma de un saco cuadrado. Su grandor es proporcionado á la edad de los muertos, y las hay tambien para los niños que mueren al tiempo de nacer. Las hemos visto de 10 pulgadas y hasta 3 pies y 4 pulgadas de largo. Todos estos esqueletos enroscados en sí mismos están tan enteros que no les falta una costilla ni una falange. Los huesos los preparaban de tres modos distintos, blanqueándolos al aire y al sol, tiñéndolos de encarnado con el onoto, materia colorante sacada del bixa orellana, ó como verdaderas momias barnizándolos con resinas de olor y cubriéndolos con hojas de heliconia y plátano. Cerca de los *mapiros* ó cestas, se encuentran vasos de arcilla á medio cocer que contienen los huesos de toda una familia. Los mayores de estos vasos ó urnas fúnebres tienen tres pies de alto y cuatro pies y tres pulgadas de largo. Su color es gris verdoso, de forma ovalada y bastante agradable á

la vista: las asas figuran cocodrilos ó serpientes, el borde guarnecido de meandros, laberintos y grecas en líneas rectas diferentemente combinadas. Estas pinturas se encuentran bajo todas las zonas, en los pueblos mas distintos unos de otros, sea con respecto al punto que ocupan sobre el globo, ó por el grado de civilizacion á que se han elevado.

Corre una tradicion entre los Indios guahivos, segun la que los belicosos Atures, perseguidos por los Caribes, se salváron sobre las rocas que se hallan en medio de las grandes cataratas, y que fué allí donde esta nacion numerosa en otro tiempo, se aniquiló poco á poco, igualmente que su lengua. Las últimas familias de los Atures existian aun en 1767, época del misionero Gili; y cuando nosotros viajábamos por aquellas regiones se enseñaba en Maipures un viejo papagayo, de quien aseguraban los habitantes que nada podia comprnderse de cuanto decia, porque hablaba la lengua de los Atures.

En la caverna de Atarupe tomámos varios cráneos, el esqueleto de un niño de seis á siete años y dos de hombres adultos de la na-

cion de los Atures: todos estos huesos, en parte pintados de encarnado y otros barnizados con resinas odoríferas, estaban encerrados en las mismas canastas que acabamos de describir, cuyos huesos formaban casi una carga de macho. Como conocíamos la aversion supersticiosa que manifiestan los indígenas á los cadáveres desde que los han enterrado, tuvimos mucho cuidado de cubrir las canastas con esteras nuevas; pero por desgracia nuestra la penetracion de los Indios y la extremada delicadeza de sus sentidos hicieron inútiles estas precauciones. En todos los puntos en que nos detuvimos, pertenecientes á las misiones de los Caribes, en medio de los llanos entre Angostura y Nueva Barcelona, se reuniéron los indígenas al rededor de nuestros machos para admirar los monos que habíamos comprado en el Orinoco; y estas buenas gentes apénas tocaban nuestras cargas cuando anunciaban la próxima pérdida de la bestia que llevaba el muerto. Por mas que les decíamos que se engañaban en sus conjeturas, y que las canastas encerraban huesos de cocodrilos y lamantinos, persistian ellos repi-

tiendo que oían la resina que estaba en los esqueletos y que eran de sus abuelos. Fué preciso hacer intervenir la autoridad de los religiosos para vencer la aversion de los indígenas y procurarnos machos de remuda. Uno de los cráneos que habíamos tomado en la caverna de Ataruípe ha sido delineado en la bella obra que mi antiguo maestro, M. Blumenbach, ha publicado sobre las variedades de la especie humana. Los esqueletos de los Indios se perdieron sobre la costa de Africa, así como también una parte considerable de nuestras colecciones, en un naufragio que privó de la vida á nuestro amigo y compañero de viage, fray Juan Gonzalez, joven religioso del orden de san Francisco.

Nos separámos en silencio de la caverna de Ataruípe: la noche estaba calma y serena como generalmente sucede bajo la zona tórrida. Las estrellas brillaban con una luz dulce y planetaria, y su centelleo apénas se conocia en el horizonte, que parecia alumbrado por las grandes nebulosas del hemisferio austral, y una multitud innumerable de insectos arrojaba en el aire una luz rojiza. El sol estorbado por los árboles

relucia con estos fuegos vivos y movibles, como si los astros del firmamento se hubiesen desgajado sobre el prado; y al dejar la caverna nos detuvimos muchas veces para admirar la hermosura de este punto extraordinario. La vainilla odorífera y festones de bignonia decoraban su entrada, y sobre la cumbre de la colina las guías de los cocos se balanceaban estremeciéndose.

Parece que al norte de las cataratas en el estrecho del Baraguan, hay cavernas semejantes á las que acabo de describir, y no he sabido este hecho hasta mi vuelta, porque los pilotos indios no nos hablaron de ellas cuando llegámos al dicho estrecho. Estos sepulcros han dado sin duda lugar á un mito<sup>1</sup> de los Otomaques, por el que las rocas graníticas y aisladas del Baraguan, cuyas formas parecen muy raras, son miradas como los abuelos y antiguos gefes de la tribu. El uso de separar los huesos de la carne, practicado hace mucho tiempo por los Masagetes, se ha conservado en muchos puntos de las orillas del Orinoco. Se asegura también, y

<sup>1</sup> Fábula supersticiosa.

con mucha probabilidad, que los Guaraones ponen bajo el agua los cadáveres en redes de pescar. Los pececitos *caribes serra-salmos*, de los que hemos visto por todas partes tan innumerable cantidad, devoran en pocos dias la carne muscular y preparan el esqueleto. Se ve que esta operacion no se puede hacer sino en lugares en donde no son comunes los cocodrilos; y algunas poblaciones, por ejemplo los Tamaques, tienen la costumbre de asolar los campos del difunto y cortar los árboles que ha plantado. Dicen «que la vista de los objetos que han pertenecido á sus parientes les entristece,» y estiman mas destruir los recuerdos que conservarlos. Estos efectos de la sensibilidad india perjudican mucho á la agricultura, y los frailes se oponen con vigor á las prácticas supersticiosas que los naturales convertidos al cristianismo conservan en las misiones.

En los puntos en que las rocas graníticas ofrecen estas grandes concavidades, debidas á la descomposicion ó al hacinamiento de pedruscos, los Indios confían el cadáver á la tierra; y la hamaca (chinchorro), especie de red en la que ha

dormido el difunto durante su vida, le sirve de ataud. Se aprieta esta red fuertemente al rededor del cuerpo, se abre un hoyo en su cabaña misma y se deposita en él el muerto. Este es el método mas usado segun la relacion del misionero Gili y lo que he sabido de la boca del padre Zea. No creo que exista un túmulo en la Guyana, ni aun en las llanuras del Casiquiare y Esquibo, ni que tampoco se encuentre en los prados de Varinas y Canadá al este de los Aleganis<sup>1</sup>. Parece por otra parte bastante notable que, á pesar de la extrema abundancia de monte en estos paises, los naturales del Orinoco tienen tan poca costumbre como los antiguos Escitas en quemar los cadáveres. No forman hogueras sino despues de un combate, cuando el número de muertos es muy considerable, y

<sup>1</sup> En una caverna de los Estados Unidos se han descubierto recientemente momias ó esqueletos encerrados en canastas. Se cree que son pertenecientes á una raza de hombres análoga á la de las islas de Sandwich. La descripción de estos sepulcros (*Bibl. univ.*, agosto 1817, p. 335) ofrece algunas relaciones con la que acabo de dar sobre los sepulcros de Atarupe.

Los misioneros de los Estados Unidos se quejan del mal olor que reparten los Nanticoks, cuando viajan con los huesos de sus antepasados. (*Filad., Hist. trans.* 1819, t. 1, p. 75).